



## Cristianos.-Noticia histórica

El Jesús de los Cristianos no es mencionado por ningún escritor profano, excepto Celso que, ciento cincuenta años después de la existencia supuesta del Hombre-Dios, compuso el *Discurso verdadero*, en que se critican la vida de Jesús y los Testamentos desde el punto de vista histórico y racional. Ese trabajo nos es conocido solamente por los extractos que Orígenes insertó en su escrito *Contra Celso*. La vida de Jesús, reconstituída según Celso, es muy plausible, pero como se ignora el origen de los informes que da, es preferible no considerarlos como históricos. Por lo demás, el hecho principal está fuera de discusión: la creencia de los primeros cristianos en la personalidad de Jesús.

La existencia de Pablo no es dudosa; pero la autenticidad de todas las epístolas que le atribuye el Nuevo Testamento dista mucho de estar probada. Pablo nació en Tarso hacia el año de Roma 752, ejerció en Palestina su celo anticristiano,—participó en la condenación a muerte del diácono Esteban, lapidado en el año 790 (37 de la era vulgar),—pero «encontró su camino de Damasco», y recorrió el Oriente predicando la Buena nueva. De Antioquía a Corinto, de Galacia a Macedonia, fundó iglesias y llegó a Roma en el año 805 (62 era vulgar). Fué ejecutado cuatro años después, dícese que en la misma época que Pedro.

La lista de los Arsacidas, o reyes partos, entre Arsacio, muerto en el año de Roma 497 (—254 era vulgar) y Artaban IV, muerto en el año de Roma 978 (+ 226 era vulgar) es complicadísima y obscura. Entre los monarcas Sasanidas anteriores a la toma de Roma por Alarico, citamos Ardechyr, que reinó de 978 a 992 (226 a 240 era vulgar), Chapur I (Sapor) (241-271), y Chapur II (309-380).

Odenath, príncipe de Palmira, murió en 267, y Zenobia en 272, poco tiempo después de su derrota por Aureliano.

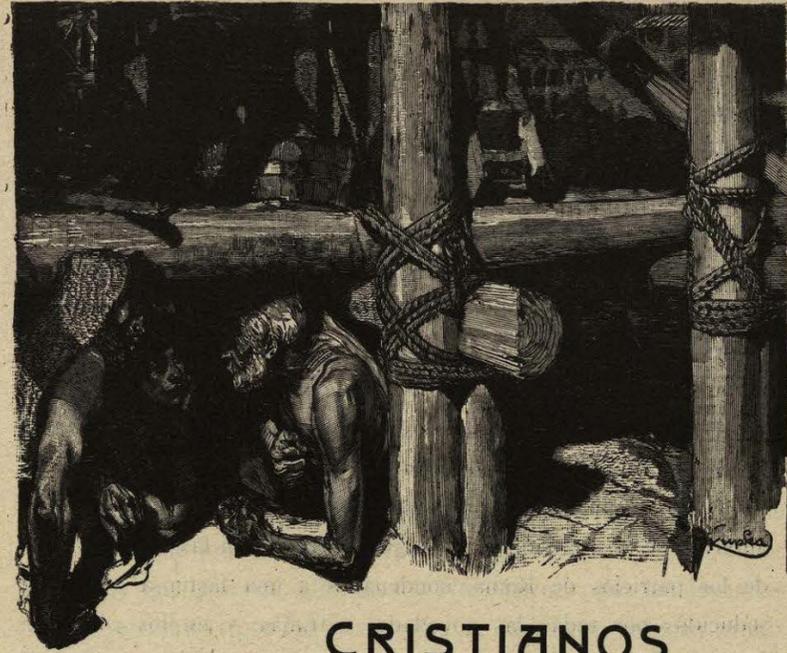
Para la sucesión de los emperadores romanos hasta los Antoninos, véase la página 420, tomo II. Después de Marco Aurelio,

muerto en 180 (era vulgar) y Cómodo (180-193), nos limitamos a citar algunos de los sesenta y tantos titulares de la dignidad imperial en Occidente:

Septimio Severo (193-211), Caracalla (211-217), Heliogábalo (218-222), Alejandro Severo (221-235), Valeriano (253-260), Galiano (260-268)—es la misma época en que los «Treinta tiranos» se disputaban el poder, — Aureliano (270-275), Probo (276-282), Diocleciano (284-305), Constantino (309-337), Juliano (360-363), Valente y Valentiniano (364-379), Teodosio (379-395), Honorio (395-424).

He aquí algunos nombres de escritores y de filósofos:

	Era vulgar
HILLEL, profeta judío . . . . .	siglo I antes de J. C.
FILÓN, filósofo alejandrino, año de Roma	732-806 . . . . . 54
Flavio JOSEFO, historiador nacido en Jerusalem . . . . .	37-90
QUINTILIANO, nacido en España, muerto en Roma . . . . .	42-120
TÁCITO, nacido en Umbría . . . . .	54-130
IRENEO, nacido en Esmirna, obispo de Lyon . . . . .	125-200
TERTULIANO, nacido en Cartago . . . . .	160-240
ORÍGENES, nacido en Alejandría . . . . .	185-254
MANI, reformador persa . . . . .	240-274
ARRIO, nacido en Alejandría, muerto en Constantinopla	280-336
EUSEBIO, nacido en Palestina, obispo de Cesárea . . . . .	267-340
MARTÍN (San), nacido en Pannonia, obispo de Tours . . . . .	316-396
INOCENTE, nacido en Albano, papa desde el año 404 . . . . .	417
JERÓNIMO (San), nacido en Pannonia, muerto en Belén.	331-420
Pablo OROSIO, nacido en Tarragona, muerto en Hipona . . . . .	fin del siglo IV
AGUSTÍN (San), nacido en Tagaste, muerto en Hipona.	354-430
SALVIO, nacido en Colonia, muerto en Marsella . . . . .	390-484
SIDONIO APOLINARIO, nacido en Lyon, obispo de Clermon . . . . .	430-489



## CRISTIANOS

*Las pasiones religiosas han sido en todo tiempo secundarias comparadas con la aspiración del pueblo hacia el bienestar.*

### CAPÍTULO PRIMERO

JESÚS.—NECESIDAD DE JUSTICIA.—FILÓN.—INFLUENCIA DE LOS CULTOS OCCIDENTALES SOBRE EL CRISTIANISMO.—DECADENCIA DE LAS ARTES.—EL IMPERIO Y LOS EMPERADORES.—EL ESTADO, LA RELIGIÓN Y LA ENSEÑANZA.—LUCHA CONTRA LOS BÁRBAROS.—RÁVENA.—TOMA DE ROMA POR ALARICO.

EN la época en que los navegantes del mar de las Indias traían al mundo occidental las primeras nociones de los pueblos que viven en el extremo de Asia y en los océanos inmediatos, el imperio romano contenía en la inmensa extensión de sus fronteras un número tan grande de naciones ansiosas de romanizarse por completo, presentaba un conjunto tan poderoso y tan majestuoso, que se identificaba, por decirlo así, con el universo, y pa-

recía haber realizado la unidad del género humano. Y, sin embargo, el movimiento de descomposición había comenzado ya en las capas profundas; si la avalancha de los bárbaros acabó por destruir la estructura política del inmenso territorio, se debió a que la ruina se preparaba hacía ya mucho tiempo en el interior del gran cuerpo: se agitaba, crujía, se desmoronaba en todos sentidos, esperando el trabajo de zapa que debía socavar un día sus cimientos y derrumbarle con estrépito.

Sobre las fronteras del Norte no se mezclaba ninguna preocupación religiosa a las guerras cuyo objeto era la conquista o la defensa de las provincias fronterizas; pero hacía Oriente, mientras los Partos disputaban a los Romanos la posesión material del Asia anterior, se deslizaban sutiles dogmas a la vez en las imaginaciones de los patricios de Roma, condenados a una fastuosa ociosidad, seducidos por todas las novedades extrañas, y en los corazones de los esclavos y de los proletarios, ávidos de toda doctrina que les hablase de justicia y de reparación. La misma conquista romana rompía los antiguos cuadros y hacía entrar las creencias monoteístas en la circulación mediterránea.

De todas las religiones orientales que acarrearón la disgregación gradual de la sociedad romana y la mezclaron con las masas invasoras de los bárbaros, la más eficaz en su obra destructora fué la religión cristiana, cuyo triunfo llegó hasta hacer que desaparecieran todos los demás cultos, sea incorporándoles, sea extirpándoles por el hierro y el fuego. Como es natural, esta religión, lo mismo que todas las que le han precedido y todas las que le han seguido, tuvo múltiples orígenes en los diferentes pueblos que participaron en su evolución, pero la leyenda fija su nacimiento milagroso en un solo punto de la Tierra, Belén, y en un solo hombre, Jesús, que por otra parte no es un personaje histórico. Ningún documento auténtico atestigua su existencia; sin embargo, el apostolado de Pablo, siguiendo tan de cerca al período atribuido a Jesucristo, y rasgos muy personales, ciertas palabras muy humanas y de una evidente sinceridad que nos refieren los Evangelios, no permiten casi la duda de que haya habido en Judea un profeta Jesús que llevó tras sí muchos discípulos.

O más bien, no hubo un Jesús único, sino que probablemente hubo muchos: todos aquellos cuyo nombre y vida se acomodaban fácilmente a ser representados en una figura legendaria, en ella fueron unificados. El personaje de Yechou, es decir, del «Salvador», representa todo un ciclo, como el Carlomagno de los libros de caballería. Reune en sí las acciones de individuos diversos, y especialmente de otros Judíos que llevan el mismo nombre. Diversas versiones nos hablan de la familia de Jesús viviendo en Egipto<sup>1</sup>; no es imposible que un predicador procedente de Alejandría haya contribuido a la formación de la leyenda; hasta es este uno de los detalles menos dudosos de la vida de Jesús glorificado después como Hombre-Dios<sup>2</sup>. Asimismo los Evangelios nos hablan mucho de la estancia de Jesús en las riberas del lago de Tiberiades y de los milagros que practicó allí. Ahora bien, parece que las leyendas locales atribuidas por los cristianos a su Mesías se referían primitivamente a un caudillo popular, llamado Jesús, que combatió las tropas romanas mandadas por Vespasiano, y que, como general hábil, listo, rápido e incoercible, logró «alimentar con nada» su ejército de cinco mil hombres y escapar «invisible» sobre las aguas del lago: he ahí los dos «milagros» de la multiplicación de los panes y la marcha de Jesús y de Pedro, el discípulo de «poca fe» sobre el agua de Genezareth<sup>3</sup>. Se reconoce también el Jesús que gritaba: «¡Ay de vosotros, fariseos!» «¡Ay de ti, Jerusalem!»<sup>4</sup> en ese Jesús, hijo de Ananos, que cuando el sitio, recorría las calles gritando: «¡Ay de la ciudad! ¡Ay del pueblo! ¡Ay del Templo!»<sup>5</sup>.

Si diversos personajes que hayan realmente existido se han fundido en un solo individuo, creado por la leyenda, del mismo modo ese ser colectivo incorpora en sí concepciones ideales muy distintas y frecuentemente contradictorias: así Jesús abarca un conjunto de dogmas y de filosofías procedentes de todas las comarcas circundantes: Irania, Babilonia, Egipto, Asia menor y Grecia. Al principio es indudablemente judío, puesto que se ha visto en él el Mesías,

<sup>1</sup> Evangelio según S. Mateo, cap. xi, v. 13, 14; Dos Apócrifos.

<sup>2</sup> G. Lejeal, *Humanité Nouvelle*, Enero 1899.

<sup>3</sup> Evangelio según S. Mateo, cap. xv y xvi.

<sup>4</sup> Evangelio según S. Lucas, cap. xi y xiii.

<sup>5</sup> Flav. Josefo, vi, 31; G. Lejeal, *Humanité Nouvelle*, Diciembre 1899.

el vengador de las ofensas pasadas, el reivindicador de la gloria futura del pueblo elegido, puesto que ha entrado en Jerusalem montado en una burra blanca, y que hasta sobre los brazos de la cruz había una inscripción que le saludaba como «rey de los Judíos». En calidad de Judío nació en Belén, y las genealogías, por otra parte discordantes, no dejan de unirle a David por intermediación de José, el esposo de María. Pero si es Judío de la pura Judea, otra leyenda le hace también Galileo, hijo de la ciudad despreciada de Nazareth, lo que permitía a los semi-paganos, a los indefinidos extranjeros que se convirtieron, reivindicarle como uno de los suyos, y lo que autoriza en nuestros días a los antisemitas para ver en la persona de Jesús un ario auténtico<sup>1</sup>. Por otra parte, ¿no tiene algo de Egipcio el hijo de María? Merced a su estancia sobre las orillas del Nilo durante toda su infancia pudo volver lleno de ciencia y confundir a los doctores del templo desde su primer encuentro con ellos. Según el Evangelio de San Juan, Jesús es también un filósofo platónico: él es el Verbo, la palabra creadora, el «mundo, representación de la voluntad».

En su persona, Jesús es el tipo contradictorio de los extremos: es a la vez el «Hijo del Hombre» y el «Hijo de Dios». Desde que el cristianismo se convirtió en religión oficial, no es sólo como Hijo de Dios, es como Dios, como Amo universal y Juez de los Vivos y de los Muertos como aparece el supuesto fundador del culto que lleva su nombre. Su imagen irradia ya desde lo alto de los cielos: los sacerdotes que le adoran y que tienden naturalmente a hacerse adorar no han tenido otro cuidado que engrandecerse infinitamente por su ascensión divina. Pero en el primer período de la evolución cristiana, Jesús era ante todo el Hijo del Hombre, un hombre pobre y humilde, un hijo de carpintero, condenado a morir como morían los esclavos, un compañero de los vagabundos y de los abyectos, que «no sabía dónde reposar su cabeza»<sup>2</sup>. A causa de que conocía las miserias y las humillaciones del pobre, los pobres escucharon sus palabras, tuvo con él las mujeres despreciadas a quienes se quería lapidar y de quienes apartaba las

<sup>1</sup> Edmond Picard.

<sup>2</sup> Evangelio según S. Mateo, ix, 11, viii, 20.

piedras, y todos los que sufrían hallaban en él su intérprete cerca de Dios, porque era uno de los suyos. Con él tomaban cuerpo las reivindicaciones sociales, se convertían en un individuo vivo, de carne y hueso, y concentraban en él todas las esperanzas de justicia acumuladas durante el curso de los siglos entre todos los desgraciados, judíos o gentiles. Porque en todo tiempo las pasiones religiosas sólo han sido secundarias comparadas con la aspiración del pueblo hacia el bienestar: los portadores de la «Buena nueva» eran aquellos que prometían a los pobres la posesión de la tierra y la paz en abundancia. Los cantos sibilinos, lo mismo que los gritos de los profetas, anunciaban la revolución social para un día muy cercano, para mañana, para hoy mismo quizá. «La tierra será el bien de todos. No se la dividirá por límites; no se la cercará con murallas. No habrá ya mendigo ni rico, amo ni esclavo, pequeño ni grande, no más reyes, no más jefes; todo pertenecerá a todos... ¡Ah! si la tierra no estuviera tan lejos del cielo, los ricos se hubieran arreglado de modo que la luz no fuese repartida por igual para todos. El sol, comprado a precio de oro, no luciría más que para ellos, y Dios hubiera sido obligado a hacer otro mundo para los pobres»<sup>1</sup>.

La necesidad de justicia y de equidad que se encuentra en el origen de todas las transformaciones sociales se hacía sentir en todo el mundo romano, lo mismo en la Italia de los vencedores que en la Palestina de los vencidos: en todas partes la religión nueva recibía, pues, desde el principio el alimento necesario. Pero, en todas partes también se hallaba en presencia de elementos que le ayudaron a formular su doctrina y a darse un ceremonial definitivo: el cristianismo se extendió rápidamente sobre un inmenso territorio porque un movimiento íntimo de los espíritus le había preparado en todo lugar y porque los legionarios de todas las provincias se habían convertido en sus propagandistas. En un principio, la Palestina, país oficial, por decirlo así, del nacimiento del neo-judaísmo de los gentiles, tuvo una gran parte en su génesis profunda. La sociedad de justicia, tal como la habían soñado los profetas judíos, no había podido nacer bajo el régimen impuesto por los diversos

<sup>1</sup> Cantos sibilinos, II, 320; VIII, 3, citados por Gastón Boissier, *La Fin du Paganisme*, t. II, p. 25.